

Mensaje de Daisaku Ikeda, presidente de la SGI, dirigido al seminario “Construcción inclusiva de la paz a nivel local y global”

**Universidad de Úlster, Belfast
10 de abril de 2013**

[El presidente de la Soka Gakkai Internacional (SGI), Daisaku Ikeda, dirigió un mensaje al seminario “Construcción inclusiva de la paz a nivel local y global”, realizado en la Universidad de Úlster, Belfast, Irlanda del Norte, el 10 de abril de 2013. El seminario fue organizado por el Instituto de Investigaciones de Conflictos Internacionales (INCORE, por sus siglas en inglés) de la Universidad de Úlster, como parte de un proyecto con la Universidad de las Naciones Unidas. El evento conmemoró además el 15.º aniversario del Acuerdo de Viernes Santo, que puso fin al conflicto de Irlanda del Norte.]

Agradezco la oportunidad que me brindan de compartir algunas ideas en ocasión de la realización del seminario “Construcción inclusiva de la paz a nivel local y global”, como fundador del Instituto Toda de Investigación sobre la Paz Global y en nombre de los miembros de la Soka Gakkai Internacional de ciento noventa y dos países y territorios del mundo.

Hoy, 10 de abril de 2013, se conmemora el 15.º aniversario del Acuerdo de Viernes Santo. Un día antes de su firma, tuve la ocasión de reunirme en Tokio con el entonces vicepresidente de Sudáfrica, Thabo Mbeki. Sabía que las negociaciones en Irlanda del Norte estaban por culminar, y la reflexión sobre los arduos esfuerzos del pueblo sudafricano para sobreponerse al legado de odio y de dolor ocasionado por el sistema del *apartheid* hizo que se intensificara mi anhelo por la cristalización del acuerdo de paz norirlandés. En nuestras conversaciones, el vicepresidente Mbeki y yo nos referimos al desafío de construir sociedades en las que prevaleciera una ética de coexistencia pacífica. Al día siguiente, no pude contener mi alegría cuando supe que se había firmado exitosamente el acuerdo, aun cuando las conversaciones se habían prolongado más allá del plazo de la medianoche.

Ofrecí mis oraciones por el descanso de las víctimas de las tres décadas de conflictos, y fortalecí mi decisión, como budista, de continuar manteniendo la clase de diálogo y las actividades que pudieran liberar al mundo de sufrimientos y suplicios innecesarios.

Liberar a la humanidad del sufrimiento: tal fue el deseo ardiente de mi maestro Josei Toda, segundo presidente de la Soka Gakkai, en cuyo honor fue nombrado el Instituto Toda de Investigación sobre la Paz Global. Desde su establecimiento en febrero de 1996, la entidad ha trabajado en consonancia con el espíritu de

Josei Toda, organizando conferencias y seminarios alrededor del orbe con el fin de encontrar soluciones a los conflictos y de construir una paz duradera. Promueve asimismo proyectos de investigación sobre cuestiones globales que representan una amenaza para la vida y la dignidad humana, tales como la pobreza y la degradación ambiental.

El 2 de diciembre de 1999, fecha en que se concretó el gobierno autónomo de Irlanda del Norte, mediante el acuerdo de paz, el Instituto Toda y el Queens College, de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, llevaron a cabo la Conferencia sobre Seguridad Humana y Gobernanza de Irlanda del Norte, que contó con la asistencia del senador George Mitchell y de representantes de los diferentes partidos de dicho país.

En la publicación de un diálogo que mantuve con Elise Boulding, la destacada especialista en temas de la paz afirma que su difunto esposo, Kenneth Boulding, solía comparar la cultura de paz con una pequeña isla que se mantenía a flote sobre el vasto océano de una cultura de guerra. Pese a ello, él confiaba en que esos diminutos islotes de paz se multiplicarían infinitamente. Esa es la esperanza a la que jamás debemos renunciar, que nunca debe abandonarnos.

Profeso el mayor de los respetos por el pueblo de Irlanda del Norte, una comunidad que ha elegido construir una cultura de paz, a pesar de las innumerables dificultades que debe enfrentar, entre ellas, las barreras psicológicas y el trauma generados por tantos años de luchas y conflicto. El pueblo de Irlanda del Norte ha colmado las expectativas de los Boulding y de muchas otras personas de buena voluntad. Nos ha demostrado, con su ejemplo, la manera en que se puede lograr una cultura de paz. Deseo elogiar la tenacidad y la perseverancia de un pueblo que se negó a renunciar a la esperanza y siguió avanzando, un paso a la vez, hacia el objetivo de la reconciliación y la coexistencia pacífica.

Nelson Mandela, ex presidente de Sudáfrica, expresó su solidaridad y apoyo diciendo: “Siempre hemos admirado al pueblo de Irlanda del Norte, que ha padecido enormemente y que, como nuestra propia gente en Sudáfrica, está ahora esforzándose en conjunto para construir una nueva sociedad”. Su ejemplo es una fuente de esperanza y de aliento inmensurables para todos los que están luchando para trascender las divisiones que producen los conflictos y los terribles sufrimientos de las luchas intestinas.

Hace tres años, la profesora Pauline Murphy visitó la Escuela Soka de Tokio. Al ser el fundador de la entidad, sentí un profundo agradecimiento por la incisiva visión que ella compartió con los alumnos: “El siglo XXI puede llegar a ser el más peligroso de todos los siglos. Si no somos capaces de abrazar los valores correctos, la vida humana se verá en peligro”.

Tal como ella lo indicó con gran acierto, ha llegado el momento de compartir ese mensaje con los pueblos del mundo, de guiar las tendencias globales lejos de una cultura de violencia y de guerra, y de orientarlas hacia una nueva cultura de paz.

¿Cuáles son, entonces, los “valores correctos” en que debemos basarnos, como personas que vivimos en el siglo XXI?

Hace quince años, el pueblo norirlandés se vio impelido a elegir el camino de la reconciliación y a firmar un tratado de paz, debido al clamor generalizado de que había que ponerles fin a los insensatos ciclos de violencia, terror y muerte. Ese anhelo, que surge de lo más recóndito del corazón humano, es el cimiento sobre el que se construye la solidaridad que va más allá de las diferencias de raza, etnicidad, religión o cultura. Debe estar signado por el valor universal de nuestro compromiso con la dignidad de la vida.

En mi propuesta de paz de este año, relaté la historia de la demonio Kishimojin (en sánscrito, Hariti), como aparece en las escrituras budistas. Se dice que Kishimojin tenía un número incalculable de vástagos y que mataba a los hijos de otros para alimentar a los suyos. Cuando le arrebataron y escondieron a su retoño más pequeño, el más amado de todos, ella pudo comprender la clase de sufrimiento que había infligido a tantos otros padres. Según las escrituras, Kishimojin cambió su malvado proceder y adoptó la determinación de que, a partir de entonces, su misión sería la de proteger a todos los niños.

Lo que yo deseé transmitir al mencionar ese antiguo relato fue que, cuando experimentamos empatía por el sufrimiento ajeno y asumimos el compromiso de no permitir que se inflija dolor a otros, desarrollamos el poder de detener los ciclos más arraigados de violencia y de odio. Estoy seguro de que tales fueron los sentimientos que movilizaron a las madres de Belfast, indignadas ante la muerte insensata de sus hijos, en un accidente provocado por el conflicto, en 1976. Esas madres se pusieron de pie con valentía y se unieron para romper las cadenas de odio. He ahí el poderoso ejemplo mostrado por el pueblo norirlandés.

Es verdaderamente significativo que este seminario se lleve a cabo en Belfast, en ocasión del aniversario de la firma del Acuerdo de Viernes Santo. Deseo expresar mis oraciones más sinceras por el éxito de este encuentro, por la prosperidad de INCORE y de la Universidad de Úlster, y por la salud y dicha de todos los participantes.
